

En su capilla, orando, se arrodilla
la fe humilde y sencilla.
Bendice en los altares
de la santa capilla
el mismo Dios tus manos tutelares.

Tu palacio, Señora,
palmas de honor merece.
En él, como una aurora,
el alma de Borinquen resplandece.
Y... lo mejor en él es su divina
luz en las noches de apacible calma.
Señora, ¡cómo no, si lo ilumina
el áureo sol que llevas en el alma!

Febrero de 1924.

[Este poema inédito, transcrito a maquina y autografiado, procede del Seminario Federico de Onís. Perteneció al señor Héctor Serrano, antiguo editor de la Editorial Cordillera, quien lo donó a nuestro archivo junto con otros documentos. M.A.N.]

Madre Tierra

Tierra madre
fecundada por los besos del Sol padre,
no sé cómo te saludo
con mi acento
pobre y rudo,
cuando son los trovadores
que te cantan sus amores
mar y viento.
Una ola, y otra ola, y otra ola, cada una
ante el disco de la luna,
te da en perlas su tesoro,

como diera de sus minas el minero todo el oro.
¡Cuán humilde las ofrendas que a brindarte
con sus manos primorosas viene el arte!
¡Cuán pequeñas sus humanas creaciones!
¡Oh!, si fueras
musa mía,
y pusieras
en mi pobre poesía
los matices de ideal policromía,
recibieras
mis canciones
cual si fuesen la armonía
de las arpas de infinitos corazones.²

Perlas

Era el correr de aquella linfa suave,
serenidad, como el volar de un ave.
En ella se miraba
el sol desde sus cúpulas de oro,
y el cielo contemplaba
de todas sus estrellas el tesoro.
Cuando en el musgo abría
a sus ansias de amor nuevos caminos,
la detuvo una roca negra y fría,
deshaciéndola en polvos cristalinos;
y la linfa a la roca en su agonía,
le dio un manto de aljófares divinos.³

² José Muñoz Rivera, "Tierra madre", en Cesáreo Rosa-Nieves, *op. cit.*; p. 48.

³ José Muñoz Rivera, "Perlas", *El Mundo*, 29 de junio de 1920; p. 3.